

Fragmento

# Las mujeres casadas no hablan de amor

Melanie Gideon



Melanie Gideon

**LAS MUJERES CASADAS  
NO HABLAN DE AMOR**

Traducción de Claudia Conde

 Planeta

*Para BHR – Marido 1*

Simplemente conéctate.

E. M. FORSTER

## PRIMERA PARTE

**29 de abril**  
**17.05**

**BÚSQUEDA EN GOOGLE: «Párpados caídos»**

Aproximadamente 54.300 resultados (0,14 segundos).

**Caída del párpado: MedlinePlus enciclopedia médica**

Es el descuelgue excesivo del párpado superior... Los párpados caídos pueden hacer que la persona parezca soñolienta o cansada.

**Consejos para párpados caídos... Alternativas naturales**

Mantén la barbilla levantada cuando hables e intenta no arrugar la frente, porque se agravaría tu problema...

**El perro *Droopy*...**

Personaje de dibujos animados, de cara triste y párpados caídos. Apellido, McPoodle. Su lema: «¿Sabes qué? ¡Eso me ha enfurecido!»

Me miro en el espejo del baño sin comprender por qué no me ha dicho nadie que tengo un plieguecito en el párpado izquierdo. Durante mucho tiempo aparenté menos edad. Pero ahora, de repente, me han salido todos los años juntos y aparento la edad que tengo: cuarenta y cuatro, o quizá un poco más. Levanto con el dedo la piel colgante y la meneo. ¿Venderán alguna crema? ¿Habrá gimnasia para párpados?

—¿Qué te pasa en el ojo?

Peter asoma la cabeza por la puerta del baño y, pese a lo mucho que me irrita que me espíen, me siento feliz de ver la cara llena de pecas de mi hijo. A sus doce años, sus necesidades todavía son simples y fáciles de satisfacer: gofres para el desayuno y calzoncillos Fruit of the Loom modelo bóxer, de los que tienen la pretina de algodón.

—¿Por qué no me has dicho nada? —pregunto.

Confío en Peter. Tenemos una relación muy cercana, sobre todo en lo referente al cuidado personal. Hemos hecho un trato. Él se ocupa de mi pelo y me avisa cuando se me empiezan a notar las raíces, para que le pida hora a Lisa, mi peluquera. A cambio, yo soy responsable de su olor corporal y me aseguro de que no vaya por ahí atufando. Por algún motivo que desconozco, los niños de doce años son incapaces de olerse los sobacos. Por las mañanas, pasa corriendo a mi lado, con los brazos levantados y enseñándome una axila, para que me lleguen los efluvios. «Du-

cha», le digo casi siempre. Unas pocas veces, le miento y le digo que está bien. Un chico tiene que oler a chico.

—¿Decirte nada de qué?

—Del párpado izquierdo.

—¿Qué? ¿Que te cuelga un poco?

Suelto un gruñido.

—Sólo un poquito.

Vuelvo a mirarme al espejo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué no me dijiste tú que *peter* es otra manera de llamar al pene?

—Porque no es verdad.

—Pues parece que sí. ¿Te suena «un *peter* y dos pelotas»?

—Te juro que no había oído nunca esa expresión.

—Ahora entenderás por qué me he cambiado el nombre por Pedro.

—¿No te llamabas Frost?

—No, eso fue en febrero, cuando estábamos estudiando aquella unidad sobre Robert Frost.

—¿Y ahora el camino se ha desviado, y quieres ser Pedro? —pregunto.

He oído que en torno a los doce o trece años toca experimentar con la propia identidad. Nuestra función como padres es permitir que nuestros hijos jueguen a ser diferentes personas, pero cada vez me cuesta más seguir el ritmo: Frost un día, Pedro al otro... ¡Gracias a Dios que Peter no es uno de esos «emos»! ¿O se dirá «imo»? Ni siquiera sé qué significa esa palabra. Tengo entendido que son un subgrupo de los góticos, chicos que se tiñen el pelo de negro y se pintan los ojos con delineador. Pero Peter no es así. Peter es un romántico.

—Está bien —digo—. ¿Y no has pensado en Peder? Es la versión noruega de Peter. Podrías llamarte Peder Nal. Es más difícil encontrar un buen apellido para Pedro. ¿Tenemos cinta adhesiva?

Quiero levantarme el párpado con cinta adhesiva, para ver cómo quedaría si me lo arreglara.



—Pedro Poliedro —dice Peter—. A mí me gusta que te cuelgue el párpado. Pareces un perro.

Me quedo boquiabierta. («¿Sabes qué? ¡Eso me ha enfurecido!», como decía el perro *Droopy* de los dibujos animados.)

—Pero no un perro cualquiera. Te pareces a *Jampo*.

Peter se refiere a nuestro chucho de dos años, mitad spaniel tibetano y mitad sabe Dios qué: un frenético Mussolini canino que se come su propia caca. Sí, es asqueroso, pero resulta práctico si te paras a pensarlo, porque no hay que llevar bolsitas de plástico.

—¡Suéltalo, *Jampo*, idiota! —le riñe Zoe en el piso de abajo.

Oímos al perro corriendo como un poseso por los suelos de parquet. Probablemente va arrastrando un rollo de papel higiénico, que después de la caca es su golosina preferida. *Jampo* significa «dulce» en tibetano, aunque la personalidad del perro ha resultado ser todo lo contrario. Pero no me importa; prefiero un perro con carácter. El último año y medio ha sido como tener otra vez un niño pequeño en casa, y he disfrutado de cada minuto. *Jampo* es mi bebé, el tercer hijo que nunca tendré.

—Necesita salir. ¿Lo sacas tú, cielo? Yo tengo que arreglarme para la recepción.

Peter hace una mueca de disgusto.

—Por favor.

—Está bien.

—Gracias. ¡Eh, espera! Antes de irte, ¿sabes si tenemos cinta adhesiva?

—Creo que no, pero he visto cinta aislante en el cajón de las herramientas.

Me miro el párpado.

—¿Me harías un favor más?

—¿Cuál? —suspira Peter.

—¿Podrías subirme la cinta aislante después de sacar al perro?

Asiente con la cabeza.

—Eres el mejor de mis hijos varones —le digo.

—Soy tu único hijo varón.

—Y el número uno en mates —le replico, dándole un beso en la mejilla.

Hoy acompaño a William a la recepción del vodka FiG, una cuenta en la que su equipo de KKM Publicidad lleva varias semanas trabajando. Me muero de ganas de ir. Habrá música en directo, con un supergrupo de moda: tres mujeres de los montes Ozark o Adirondack (no recuerdo cuáles) con violines eléctricos.

«Vestimenta elegante de negocios», dijo William; de modo que saco mi viejo traje de chaqueta Ann Taylor, color rojo carmín. En los noventa, cuando yo también trabajaba en publicidad, era mi traje de ejecutiva. Me lo pongo y me miro al espejo de cuerpo entero. Parece un poco anticuado, pero si me pongo el collar grueso de plata que me regaló Nedra el año pasado para mi cumpleaños, quizá pueda disimular que ha conocido tiempos mejores.

Conocí a Nedra Rao hace quince años, en un grupo de juego para mamás con bebés. Es mi mejor amiga y casualmente es una de las mejores abogadas especialistas en divorcios del estado de California, por lo que siempre puedo contar con ella para que me ofrezca gratis, simplemente porque me quiere, sus consejos sensatos y profesionales, que cuestan 425 dólares la hora. Intento ver el traje con los ojos de Nedra. Sé lo que diría con su refinado acento británico: «¿Estás de broma, querida?» Lo siento, pero no tengo ninguna otra cosa en el armario que pueda considerarse «vestimenta elegante de negocios». Me pongo los zapatos de tacón y bajo la escalera.

Sentada en el sofá, con la larga melena castaña recogida en un desordenado rodete, está mi hija de quince años, Zoe. Es vegetariana de quita y pon (actualmente se ha quitado), recicladora fanática y fabricante de su propio protector labial orgánico (de jengibre y menta). Como la mayoría de las

chicas de su edad, es «ex» de un montón de cosas: ex bailarina de ballet, ex guitarrista y ex novia de Jude, el hijo de Nedra. Jude es bastante famoso por aquí. Llegó a la fase de Hollywood de «American Idol», pero lo expulsaron por cantar «como un eucalipto de California cuando se quema, que hace un montón de ruido, sisea y estalla, pero en definitiva no es una especie autóctona y, por tanto, no acaba de encajar en el bosque».

Yo quería que ganara Jude y, como todos los que lo conocemos, me emocioné cuando superó las dos primeras eliminatorias. Pero después, poco antes de irse a Hollywood, se le subió la repentina fama a la cabeza, engañó a Zoe con otra y al final la dejó. Le destrozó el corazón a mi chiquilla. ¿Moraleja? Nunca permitas que tu hija adolescente salga con el hijo de tu mejor amiga. Me llevó meses reponerme. Bueno, a mí no. Le llevó meses a Zoe. Le dije cosas horribles a Nedra, cosas que probablemente no debí decirle, como por ejemplo: «Me esperaba mucho más del hijo de una feminista y de un chico que tiene dos madres.» Nedra y yo estuvimos un tiempo sin dirigirnos la palabra. Ahora volvemos a ser amigas, pero cada vez que voy a su casa, Jude está convenientemente ausente.

La mano derecha de Zoe se mueve a velocidad de vértigo sobre las teclas del teléfono móvil.

—¿Vas a ponerte eso? —dice.

—¿Por qué no? Es *vintage*.

Zoe resopla.

—Zoe, cariño, ¿podrías levantar la vista de esa cosa? Necesito tu opinión sincera. —Aparto los brazos del cuerpo—. ¿De verdad es tan horrible?

Zoe ladea la cabeza.

—Depende. ¿Estará muy oscuro allí adonde vais?

Suspiro. Hace apenas un año, Zoe y yo estábamos muy unidas. Ahora me trata como a su hermano: como a un miembro de la familia al que es preciso tolerar. Yo hago como que no me doy cuenta, pero siempre me paso de ros-

ca tratando de ser simpática por las dos y acabo hablando como si fuera un cruce entre Mary Poppins y la señorita Truly Scrumptious de *Chitty Chitty Bang Bang*.

—Hay una pizza en el congelador. Y, por favor, asegúrate de que Peter esté en la cama a las diez. Volveremos poco después de esa hora —le digo.

Zoe sigue tecleando.

—Papá te está esperando en el coche.

Me pongo a buscar el bolso por toda la cocina.

—Pásalo bien, ¡y no veas «Idol» sin mí!

—Ya he googleado los resultados. ¿Quieres que te diga a quién expulsan?

—¡No! —grito, corriendo hacia la puerta.

—¡Alice Buckle! ¡Demasiado tiempo sin verte! ¡Eres un soplo de aire fresco! ¿Por qué no te obliga William a venir a estas reuniones más a menudo? Supongo que prefieres no hacerlo, ¿no? Una noche más, otra reunión con los del vodka... Aburrido, ¿verdad?

Frank Potter, jefe de creativos de KKM Publicidad, lanza una discreta mirada por encima de mi cabeza.

—Estás preciosa —añade, sin dejar de mirar a un lado y a otro. De pronto, saluda a alguien al fondo de la sala—. Bonito traje.

Bebo un buen sorbo de vino.

—Gracias.

Cuando recorro la sala con la mirada y veo las blusas translúcidas, las sandalias de tiras y los vaqueros ceñidos que llevan las otras mujeres, me doy cuenta de que «vestimenta elegante de negocios» significa «vestimenta sexy de negocios» en realidad, al menos para esta gente. Todas están fabulosas. ¡Tan actuales! Cruzo un brazo por delante de la cintura y sostengo la copa de vino delante del mentón, en un patético intento de camuflar mi chaqueta.

—Gracias, Frank —digo, mientras una gota de sudor me baja por la nuca.

Sudar es mi reacción habitual cuando me siento fuera de lugar. Mi otra reacción habitual es repetirme.

—Gracias —digo una vez más.

«¡Por Dios, Alice! ¿Vas a agradecer por triplicado?»

Me da una palmadita en el brazo.

—¿Cómo va todo en casa? Cuéntame. ¿Todo bien? ¿Los niños?

—Todos muy bien.

—¿Lo dices en serio? —pregunta, con expresión de intenso interés.

—Pues sí, todos estamos muy bien.

—Fantástico —dice—. Me alegro. ¿Y a qué te dedicas? ¿Sigues de profesora? ¿Qué era lo que enseñabas?

—Teatro.

—Teatro, eso es. Debe de ser tan... gratificante. Pero imagino el estrés que debes de sufrir... —Baja la voz—. Eres una santa, Alice Buckle. Yo no tendría paciencia.

—La tendrías si vieras de lo que son capaces esos chicos, te lo aseguro. ¡Tienen tantas ganas! El otro día, uno de mis alumnos...

Frank Potter vuelve a mirar por encima de mi cabeza, arquea las cejas y hace un gesto afirmativo.

—Vas a tener que perdonarme, Alice, porque me llaman.

—Sí, claro, desde luego. Lo siento. No pretendía acapararte. Estoy segura de que tendrás otras...

Hace un movimiento hacia mí y yo adelanto la cara, segura de que va a darme un beso en la mejilla; pero él retrocede, me coge una mano y me la estrecha enérgicamente.

—Adiós, Alice.

Contemplo la sala, donde todos beben despreocupadamente sus vodkatinis con zumo de lichi. Me río por lo bajo, como si estuviera pensando en algo gracioso, para tratar de parecer despreocupada yo también. Pero ¿dónde está mi marido?

—Frank Potter es un imbécil —me susurra una voz al oído.

Una cara amiga, por suerte. Es Kelly Cho, que pertenece al equipo creativo de William desde hace muchísimo tiempo, si es que puede hablarse de muchísimo tiempo en publicidad, donde las caras cambian con increíble rapidez. Su traje de chaqueta no es tan diferente del mío (mejores solapas), pero a ella le queda fenomenal. Lo ha combinado con botas por encima de la rodilla.

—¡Kelly, estás fabulosa! —digo.

Kelly hace un gesto de modestia.

—¿Cómo es que no te vemos más a menudo?

—Bueno, ya sabes. Cruzar el puente es un engorro. Demasiado tráfico. Además, todavía no me gusta dejar a los niños solos en casa por la noche. Peter tiene doce años y Zoe es la típica adolescente distraída.

—¿Cómo va el trabajo?

—Fantástico, sólo que a veces me desbordan los detalles: los trajes, los padres quisquillosos, las arañas amables y los cerditos que todavía no se han aprendido el papel... Este año, los niños de tercero representarán *La telaraña de Carlota*.

Kelly sonrío.

—¡Me encanta ese libro! Tu trabajo me parece idílico.

—¿De verdad?

—¡Claro! No sabes cuánto me gustaría bajarme de esta noria. Todas las noches hay algo. Ya sé que parece glamuroso: cenas con los clientes, localidades de palco para ver a los Giants, entradas para conciertos... pero, al cabo de un tiempo, agota. Bueno, tú ya sabes cómo es. Hace mucho que eres una viuda de la publicidad.

«¿Una viuda de la publicidad?» Ni siquiera sabía que esto tuviera nombre, que yo tuviera nombre. Pero Kelly tiene razón. Entre los viajes de William y sus salidas con los clientes puede decirse que estoy sola con mis hijos. Tenemos suerte si conseguimos cenar en familia un par de veces a la semana.

Recorro la sala con la vista y capto la mirada de William. Viene hacia nosotras. Es alto y fornido, y empieza a

tener canas en las sienes, de esa manera desafiante en la que algunos hombres encanecen, como diciendo: «Sí, tengo cuarenta y siete años, ¿y qué? Sigo siendo guapo, y el pelo gris me hace todavía más sexy.» Siento una oleada de orgullo, mientras atraviesa la sala con su traje gris marengo y su camisa de cuadros.

—¿Dónde compraste las botas? —le pregunto a Kelly.

William se reúne con nosotras.

—En Bloomingdale's. William, ¿sabes que tu mujer no conocía la expresión «viuda de la publicidad»? ¿Cómo es posible, cuando ella misma lo es, por tu culpa? —le pregunta Kelly, mientras me hace un guiño.

William frunce el ceño.

—Te he estado buscando por todas partes, Alice. ¿Dónde estabas?

—La pobre estaba aquí mismo, soportando a Frank Potter —responde Kelly.

—¿Has hablado con Frank Potter? —pregunta William, alarmado—. ¿Se te ha acercado él o te has acercado tú?

—Se me ha acercado él —respondo.

—¿Te ha dicho algo de mí? ¿De la campaña?

—No, no hemos hablado de ti —le digo—. De hecho, hemos hablado muy poco.

Noto que William aprieta la mandíbula. ¿Por qué está tan nervioso? Los clientes sonrían y están borrachos. Han venido muchos periodistas. La recepción es un éxito, por lo que puedo ver.

—¿Nos vamos, Alice? —pregunta William.

—¿Ahora? ¡Pero si ni siquiera ha empezado la actuación! Tengo muchas ganas de oír música en directo.

—Alice, estoy cansado. Por favor, vámonos.

—¡William!

Un trío de atractivos hombres jóvenes nos rodea. También son miembros del equipo de William.

William me presenta a Joaquín, a Harry y a Urminder, y en seguida Urminder dice:

—Hoy me he estado autogoogoleando.

—Y ayer también —dice Joaquín.

—Y anteayer —dice Kelly.

—¿Me dejáis terminar? —se queja Urminder.

—A ver si lo adivino —dice Harry—: 1.234.589 resultados.

—Imbécil —dice Urminder.

—¡Buena manera de fastidiarle el anuncio, Har! —interviene Kelly.

—Ahora 5.881 os parecerá patético —dice Urminder con expresión compungida.

—En cambio, 10.263 parece cualquier cosa menos patético —prosigue Harry.

—Tampoco os parecerá mal 20.534 —dice Kelly.

—Los dos estáis mintiendo —comenta Joaquín.

—No seas envidioso, señor 1.031 —replica Kelly—. No te sienta bien.

—50.287 —dijo William, haciendo callar a todos.

—¡Vaya tío! —dice Urminder.

—Es por el premio Clio que ganaste aquella vez —interviene Harry—. ¿Cuándo fue, jefe? En mil novecientos ochenta y...

—Sigue así, Harry, y te retiraré de los semiconductores para ponerte en higiene íntima femenina —responde William.

Me cuesta disimular el asombro. ¡Están compitiendo por el número de resultados que aparecen cuando buscan sus nombres en Google! ¿Y será cierto que siempre salen miles de resultados?

—Mirad lo que habéis conseguido. Alice está horrorizada —dice Kelly—. Y no me extraña. Somos una pandilla de narcisistas mezquinos.

—No, no, nada de eso. No pretendo juzgaros. Me parece divertido. Eso de autogooglearse, quiero decir. Todo el mundo lo hace, ¿no? Sólo que muchos no tienen la valentía de admitirlo.

—¿Y tú, Alice? ¿Te has googleado últimamente? —pregunta Urminder.



William niega con la cabeza.

—Alice no necesita googlearse. No tiene vida pública.

—¿Ah, no? ¿Y qué clase de vida tengo? —pregunto.

—Una buena vida. Una vida llena de sentido, sólo que un poco más pequeña. —William se pellizca el ceño—. Lo siento, chicos. Lo estamos pasando muy bien, pero tenemos que irnos. Todavía tenemos que cruzar el puente.

—¿De verdad os vais? —pregunta Kelly—. Casi nunca veo a Alice.

—Sí, William tiene razón —intervengo—. Les prometí a los niños que estaríamos en casa sobre las diez. Mañana tienen que ir al cole.

Kelly y los tres jóvenes ponen rumbo al bar.

—¿Una vida pequeña? —pregunto.

—No he querido decir nada. No seas siempre tan susceptible —dice William, mientras recorre la sala con la mirada—. Además, tengo razón. ¿Cuándo te googleaste por última vez?

—La semana pasada: 128 resultados —miento.

—¿En serio?

—¿Por qué te sorprendes tanto?

—Alice, por favor, no tengo tiempo para esto. Ayúdame a encontrar a Frank. Tengo que hablar con él.

Suspiro.

—Está ahí, al lado de los ventanales. Vamos.

William me pone una mano sobre el hombro.

—Tú espérame aquí. Ahora vengo.

No hay tráfico en el puente, pero me gustaría que lo hubiera. Por lo general me encanta ir de camino a casa, porque disfruto con la idea de ponerme el pijama y arrellanarme en el sofá con el mando a distancia, mientras los niños duermen en el piso de arriba (o fingen dormir aunque estén mandando mensajitos con el móvil desde la cama); pero esta noche, me gustaría quedarme en el coche y seguir el viaje hacia algún sitio, cualquier sitio. La velada ha

sido perturbadora, y no puedo alejar la sensación de que William se avergüenza de mí.

—¿Por qué estás tan callada? ¿Has bebido demasiado?  
—pregunta.

—Cansada —mascullo.

—Frank Potter es todo un personaje.

—Me gusta.

—¿Te gusta Frank Potter? Es un manipulador.

—Sí, pero al menos es honesto. No trata de disimularlo.

Y siempre ha sido amable conmigo.

William marca con los dedos sobre el volante el ritmo de la música que suena por la radio. Cierro los ojos.

—¿Alice?

—¿Sí?

—Estás rara últimamente.

—¿Rara? ¿Cómo?

—No lo sé. ¿Estás pasando por una crisis de la edad o algo?

—No lo sé. ¿Y tú? ¿Estás pasando por una crisis de la edad?

William niega con la cabeza y sube el volumen de la música. Me apoyo en la ventana y miro los millones de lucécitas que parpadean en las colinas del este de la bahía. Oakland parece festivo, casi navideño. Me hace pensar en mi madre.

Mi madre murió dos días antes de Navidad, cuando yo tenía quince años. Había salido a comprar unos litros de ponche de huevo y chocó con un coche que se había saltado un semáforo en rojo. Prefiero pensar que no se dio cuenta de nada. Hubo el estruendo de la colisión, metal contra metal; después, un murmullo suave, como el sonido de un río, y finalmente, una luz anaranjada que inundó el vehículo. Es el fin que he imaginado para ella.

He recitado tantas veces la historia de su muerte que los detalles han perdido todo significado. A veces, cuando la gente me pregunta por mi madre, me invade una nostalgia extraña y no del todo desagradable. Soy capaz de visua-

lizar vívidamente las calles de Brockton, el pueblo de Massachusetts que aquel día de diciembre debía de estar engalanado con lucecitas y espumillón. Seguramente habría cola en la tienda de licores, los carritos estarían llenos de cajas de cerveza y garrafas de vino, y el aire olería a agujas de pino del mercado de arbolitos de Navidad. Pero la nostalgia por lo sucedido inmediatamente antes cae vencida en seguida por la oscuridad de lo que vino después. Entonces se me llena la cabeza con la música barata de la serie «Magnum», que era lo que estaba viendo mi padre cuando sonó el teléfono y una mujer al otro lado de la línea nos informó con suavidad de que había ocurrido un accidente.

¿Por qué estoy pensando en eso esta noche? ¿Será, como dice William, la crisis de la edad? El tiempo pasa, de eso no hay duda. En septiembre, cuando cumpla cuarenta y cinco, tendré exactamente la edad de mi madre cuando murió. Este año es mi punto crítico.

Hasta ahora podía consolarme pensando que aunque mi madre estuviera muerta seguía llevándome la delantera. Aún me quedaban por cruzar algunos de los umbrales que ella había atravesado y eso hacía que en cierto modo la sintiera viva. Pero ¿qué sucederá cuando la deje atrás, cuando ya no me quede ninguno de sus umbrales por cruzar?

Miro a William. ¿Lo aprobaría mi madre? ¿Le parecerían bien mis hijos, mi carrera profesional, mi matrimonio...?

—¿Quieres que paremos en un Seven Eleven? —pregunta William.

Parar en un Seven Eleven para comprar un Kit Kat después de una noche en la ciudad es una tradición entre nosotros.

—No, no tengo hambre.

—Gracias por venir a la recepción.

¿Será una manera de disculparse por la actitud displicente de esta noche?

—Mmsí.

—¿Te has divertido?

—Claro.

William hace una pausa.

—Mientes muy mal, Alice Buckle.

**30 de abril**  
**01.15**

**BÚSQUEDA EN GOOGLE: «Alice Buckle»**

Aproximadamente 26 resultados (0,01 segundos)

**Alice in Wonderland Belt Buckles**

Hebillas de cinturón con todos los personajes de *Alicia en el país de las maravillas*: el Sombrero Loco, Tweedledee y Tweedledum, el Conejo Blanco, Humpty Dumpty...

**Alice BUCKLE**

Hemeroteca del *Boston Globe*... Teatro Blue Hill... Estreno de *La camarera de la isla de los arándanos*, de Alice Buckle, una obra sin vida, aburrida y absurda...

**Alice BUCKLE**

Alice y William Buckle, padres de Zoe y Peter, contemplan el crepúsculo a bordo del...

**BÚSQUEDA EN GOOGLE: «Crisis de la edda»**

Aproximadamente 333.000 resultados (0,18 segundos)

**EDDA en crisis**

La Escuela Dominicana de Directores Administrativos acaba de anunciar el cierre forzoso de sus...

## **BÚSQUEDA EN GOOGLE: «Crisis de la EDAD»**

Aproximadamente 3.490.000 resultados (0,15 segundos)

### **Crisis de la edad – Wikipedia, la enciclopedia libre**

«Crisis de la edad» es una expresión acuñada en 1965...

### **Crisis de la edad: ¿depresión o simple transición?**

La edad madura puede ser un período de extraordinario crecimiento personal. Pero ¿qué hacer cuando la transición hacia esa fase se convierte en una crisis que desemboca en depresión?

## **BÚSQUEDA EN GOOGLE: «Zoloft»**

Aproximadamente 31.600.000 resultados (0,12 segundos)

### **Zoloft (sertralina hidroclicloruro). Usos y efectos secundarios**

Amplia información sobre el antidepresivo Zoloft (sertralina hidroclicloruro): indicaciones, dosis, efectos secundarios, interacciones con otros fármacos, advertencias...

### **Sertralina... Zoloft**

Os puedo contar mi experiencia con el Zoloft. Ayer por la tarde me dieron el alta en la clínica psiquiátrica...

## **BÚSQUEDA EN GOOGLE: «Llaves en el frigorífico, alzhéimer»**

Aproximadamente 1.410.000 resultados (0,25 segundos)

### **Síntomas del alzhéimer**

La Asociación Alzhéimer ha actualizado la lista de... puso las llaves en la huevera de la puerta del frigorífico.

## **BÚSQUEDA EN GOOGLE: «Adelgazar rápidamente»**

Aproximadamente 30.600.000 resultados (0,19 segundos)

### **Dieta para torpes**

¡He bajado doce kilos! Quería adelgazar rápidamente, y el hecho de sentirme al borde del desmayo la mayor parte del tiempo es un pequeño precio a cambio de...

### **BÚSQUEDA EN GOOGLE: «¿Matrimonio feliz?»**

Aproximadamente 4.120.000 resultados (0,15 segundos)

### **Los secretos de un matrimonio feliz – CNN**

Nadie puede saber lo que pasa de verdad en un matrimonio excepto los dos interesados, pero los psicólogos cada vez conocen mejor...

### **Esposa delgada, clave para un matrimonio feliz**

Según el diario *Times* de Nueva Delhi, los investigadores han descubierto la clave para un matrimonio feliz: la mujer debe pesar menos que el marido.

### **Ingredientes para un matrimonio feliz**

1 taza de amabilidad, 2 tazas de gratitud, 1 cucharada de elogios diarios y 1 secreto cuidadosamente escondido.

**Correo no deseado (3)**

**De:** Medline

**Enviado el:** 1 de mayo, 09.18

**Para:** Alice Buckle <alicebuckle@rocketmail.com>

**Asunto:** Vicodina, Percocet, Ritalin, Zoloft. Barato y discreto

**BORRAR**

**De:** Hoodia

**Enviado el:** 1 de mayo, 09.24

**Para:** Alice Buckle <alicebuckle@rocketmail.com>

**Asunto:** ¡Lombrices! Novedad para adelgazar como las mujeres asiáticas

**BORRAR**

**De:** Centro Netherfield de Estudio del Matrimonio

**Enviado el:** 1 de mayo, 09.29

**Para:** Alice Buckle <alicebuckle@rocketmail.com>

**Asunto:** Ha sido seleccionada para participar en un estudio sobre el matrimonio

**TRASLADAR A BUZÓN DE ENTRADA**



Se me ocurre que soy la Frank Potter de mi pequeño mundo, no la Frank Potter deseosa de trepar por la escala social, sino la Frank Potter que está al frente de todo el tinglado. Soy la directora de teatro de la Escuela Primaria Kentwood. La Alice Buckle insegura que fue a la recepción de los clientes de William no es la misma que la que ahora está sentada en un banco del patio del colegio, con una niña de cuarto curso que intenta vanamente arreglarle el pelo.

—Lo siento, señora Buckle, pero no puedo hacer nada con esto —dice Harriet—. Tal vez si se lo peinara de vez en cuando...

—Si me lo peinaras tú, lo tendría todo enmarañado. Parecería un nido de ratas.

Harriet recoge mi densa melena castaña y después la suelta.

—Siento mucho decírselo, pero ya parece un nido de ratas. O, pensándolo mejor, parece un diente de león.

La franqueza de Harriet Morse es típica de las niñas de cuarto. Espero que no la pierda cuando llegue a la escuela secundaria. La mayoría de las chicas la pierden. Pero a mí me encantan las niñas que dicen lo que piensan.

—Quizá debería alisárselo —sugiere—. Mi madre se lo alisa y hasta puede salir cuando llueve sin que se le encrespe.

—Por eso tiene tanto glamur —digo, al ver a la madre de Harriet, que viene trotando hacia nosotras.

—¡Alice! Perdóname por llegar tarde —se disculpa, mientras se inclina para darme un abrazo.

Harriet es la cuarta hija de la señora Morse que pasa por mis clases de teatro. La mayor estudia ahora en la Escuela de Arte Dramático de Oakland, y me gusta pensar que yo he tenido algo que ver en eso.

—Son sólo las tres y veinte. No es tarde —digo.

Todavía quedan dos docenas de niños dispersos por el patio, esperando a que vengan a buscarlos.

—El tráfico estaba fatal —dice la señora Morse—. Harriet, ¿qué le estás haciendo en el pelo a la pobre señora Buckle?

—Harriet es muy buena peluquera. El problema es mi pelo.

—Lo siento —me dice, sin que su hija la oiga, mientras busca en el bolso una goma para el pelo que le da a la niña—. Cielito, ¿no crees que a la señora Buckle le quedaría genial una coleta?

Harriet se pone delante del banco y me observa con expresión solemne. Me recoge el pelo y me lo aparta de las sienes.

—Debería usar pendientes —dictamina—, sobre todo si se recoge el pelo.

Acepta la goma para el pelo que le ofrece su madre y vuelve a su puesto detrás del banco.

—¿Qué puedo hacer para ayudar este semestre? —pregunta la señora Morse—. ¿Quieres que organice la fiesta? Podría ayudar a los niños a ensayar los diálogos.

La Escuela Primaria Kentwood está llena de padres como la señora Morse, que se ofrecen para ayudar incluso antes de que se lo pidan y creen fervientemente en la importancia de un curso de teatro. De hecho, la Asociación de Madres y Padres de Alumnos de Kentwood paga mi sueldo de media jornada. El sistema de escuelas públicas de Oakland lleva muchos años al borde de la quiebra, y los departamentos de Arte y Música fueron lo primero que se suprimió. Sin la AMPA, yo no tendría trabajo.

Siempre hay algún curso con un grupo pequeño de padres que me dan muchas preocupaciones y no paran de quejarse (este año es tercero); pero, en general, considero a los padres como colegas en la enseñanza. No podría hacer mi trabajo sin ellos.

—Le ha quedado precioso —comenta la señora Morse, cuando Harriet lleva unos minutos tirándome del pelo y removiéndolo—. Me encanta el efecto abombado que has conseguido darle al peinado en la coronilla.

Harriet se muerde el labio inferior. El efecto abombado no era intencional.

—Me siento como la protagonista de *Desayuno con diamantes* —digo, mientras Carisa Norman viene corriendo por el patio y se lanza sobre mis rodillas.

—La he estado buscando por todas partes, señora Buckle —me dice, acariciándome la mano.

—¡Qué coincidencia! Yo también te he estado buscando por todas partes —le digo, mientras se acomoda entre mis brazos.

—Llámame —me dice la señora Morse, haciendo el gesto de llevarse el teléfono al oído, mientras Harriet y ella se marchan.

Llevo a Carisa a la sala de profesores y le compro una barrita de cereales en la máquina expendedora. Después, vamos a sentarnos otra vez en el banco y hablamos de cosas importantes, como las Barbies o lo mucho que la abochorna llevar todavía ruedecitas en la bici.

A las cuatro, cuando su madre detiene el coche junto al bordillo y hace sonar el claxon, miro con el corazón encogido cómo Carisa atraviesa corriendo el patio. ¡Parece tan frágil! Tiene ocho años y es pequeña para su edad; de espaldas, podría pasar por una niña de seis. Su madre, la señora Norman, me saluda desde el coche. Yo le devuelvo el saludo. Es nuestro ritual, al menos dos o tres días a la semana. Las dos fingimos que no hay nada de extraordinario en que pase a buscar a su hija cuarenta y cinco minutos tarde.

Me encantan las horas entre las cuatro y media y las seis y media de la tarde. Los días se están haciendo más largos y, en esta época del año, suelo tener toda la casa para mí sola. Zoe se va al entrenamiento de voleibol, Peter tiene ensayo con la banda de música o entrenamiento de fútbol y William casi nunca vuelve antes de las siete. En cuanto llego a casa, hago un recorrido rápido por todas las habitaciones, recojo lo que está fuera de su sitio, doblo la ropa que encuentro tirada, repaso el correo y, finalmente, preparo la cena. Como es jueves, toca cena de un solo plato: lasaña, empanada o algo así. No soy una gran cocinera. Eso es cosa de William, que es el que cocina para las grandes ocasiones y prepara los platos que se llevan todos los «¡oh!» y los «¡ah!».

Yo soy más bien la segunda de a bordo. Mis comidas no son espectaculares, ni tampoco memorables. Por ejemplo, nadie me ha dicho nunca: «¡Alice! ¿Recuerdas aquella noche, cuando hiciste aquellos macarrones gratinados?» Pero siempre estoy ahí. Tengo unos ocho platos en mi repertorio, fáciles y rápidos, y los voy rotando. Esta noche toca cazuela de fideos con atún. Meto la cazuela en el horno y me siento a la mesa de la cocina con el portátil, para ver el correo.

**De:** Centro Netherfield <netherfield@netherfieldcenter.org>

**Enviado el:** 4 de mayo, 17.22

**Para:** Alice Buckle <alicebuckle@rocketmail.com>

**Asunto:** Encuesta sobre el matrimonio

Estimada Sra. Buckle:

Le agradecemos el interés que ha mostrado por nuestro estudio y la gentileza de haber rellenado el cuestionario preliminar. ¡Enhorabuena! Nos complace informarle de que ha sido seleccionada para participar en la próxima encuesta del Centro Netherfield, «El matrimonio en el siglo XXI», por satisfacer tres de los criterios iniciales: más de diez años casada, hijos en edad escolar y conducta monógama.

Como le explicamos en el cuestionario preliminar, será una encuesta anónima, de modo que éste será el último mensaje que le enviaremos a su dirección personal de correo electrónico. Nos hemos tomado la libertad de crear una cuenta para usted en el Centro Netherfield. Su dirección de correo electrónico, a efectos del cuestionario, será casada22@netherfieldcenter.org, con la contraseña 12345678. Le rogamos que entre en nuestra web y cambie la contraseña a la máxima brevedad.

A partir de ahora, toda nuestra correspondencia le será enviada al buzón de Casada 22. Esperamos que nos disculpe si el seudónimo suena demasiado clínico, pero lo hacemos pensando en su interés. La única manera de ofrecerle total confidencialidad es borrar su nombre real de todos nuestros registros.

Le hemos asignado un investigador, que en breve se pondrá en contacto con usted. Como todos nuestros investigadores, es un profesional de alto nivel.

La contraprestación de mil dólares le será abonada una vez finalizada la encuesta.

Le agradecemos una vez más su participación. Puede enorgullecerse de formar parte de un selecto grupo de hombres y mujeres de todo el país, participantes en un estudio pionero que quizá cambie las ideas que tiene el mundo respecto a la institución del matrimonio.

Atentamente,

Centro Netherfield

Sin perder un minuto, entro en mi nueva cuenta de Casada 22.

**De:** Investigador 101 <investigador101@netherfieldcenter.org>

**Enviado el:** 4 de mayo, 17.25

**Para:** Casada 22 <casada22@netherfieldcenter.org>

**Asunto:** Encuesta sobre el matrimonio

Estimada Casada 22:

Permítame que me presente. Soy Investigador 101 y estaré a cargo de su caso en el estudio sobre el matrimonio en el siglo XXI. En primer lugar, mis cualificaciones: tengo un doctorado en Trabajo Social y un máster en Psicología. Llevo casi veinte años investigando en el ámbito de los estudios del matrimonio.

Se estará preguntando cómo funciona esto. Básicamente, yo estaré a su disposición cuando me necesite. Responderé con mucho gusto a todas sus preguntas y a las dudas que puedan surgirle durante el proceso.

Encontrará adjunto el primer cuestionario. El orden de las preguntas es deliberadamente aleatorio. Algunas le parecerán atípicas y notará que otras no tratan directamente sobre el matrimonio, sino que son de carácter más general (sobre su infancia, su formación, sus experiencias vitales, etc.); le ruego que haga un esfuerzo y las conteste todas. Le sugiero que responda al cuestionario con rapidez, sin pensárselo demasiado. Hemos observado que las respuestas rápidas producen los resultados más sinceros. Espero ansiosamente el momento de iniciar nuestra colaboración.

Atentamente,

Investigador 101

Antes de responder al cuestionario preliminar había buscado en Google el Centro Netherfield y me había enterado de que está asociado a la Facultad de Medicina de la

Universidad de California en San Francisco. Como la UCSF tiene una reputación estupenda, rellené el cuestionario y lo envié por correo electrónico sin pensármelo dos veces. ¿Qué mal podía haber en contestar a unas cuantas preguntas? Pero ahora resulta que me han admitido formalmente y me han asignado un investigador. No estoy muy segura de la conveniencia de participar en una investigación anónima, una investigación sobre la que probablemente no podré hablar (ni siquiera con mi marido), ni contarle a nadie que participo.

El corazón me retumba en el pecho. Tener un secreto me hace sentir como una adolescente, como una joven que aún lo tiene todo por delante: las tetas todavía firmes, ciudades desconocidas y un millar de veranos, inviernos y primaveras por descubrir.

Abro el adjunto antes de que me acobarde.

1. Cuarenta y tres. No, cuarenta y cuatro.
2. Por aburrimiento.
3. Una vez a la semana.
4. Entre satisfactoria y mejor que la mayoría.
5. Ostras.
6. Hace tres años.
7. A veces le digo que ronca aunque no sea cierto, para que se vaya a dormir al cuarto de invitados y me deje toda la cama para mí.
8. Zolpidem (rara vez), pastillas de aceite de pescado, multivitaminas, complejo vitamínico B, suplemento de calcio, vitamina D y ginkgo biloba (para la agudeza mental, o mejor dicho, para la memoria, porque más de una vez me han dicho: «¡Es la tercera vez que me preguntas lo mismo!»).
9. Una vida con sorpresas. Una vida sin sorpresas. Cuando la dependienta del 7-Eleven se chupa el dedo para separar una bolsa de plástico del montón, después toca mis patatas con sal y vinagre con el mismo dedo chupado y, a continuación, mete las patatas en la bolsa de plástico previamente salivada, con lo cual babea mi compra por partida doble.
10. Espero que sí.

11. Eso creo.

12. De vez en cuando, pero no porque me haya parado a considerarlo seriamente. Siempre me gusta imaginar lo peor, para que lo peor no me pille nunca por sorpresa.

13. Los indios.

14. Prepara una vinagreta increíble. Se acuerda de cambiar las pilas de los detectores de humo cada seis meses. Sabe hacer pequeñas reparaciones domésticas, y por eso, a diferencia de la mayoría de mis amigas, nunca tengo que llamar a un fontanero cuando un grifo gotea. Y está muy guapo cuando se pone los pantalones Carhartt. Creo que estoy evitando responder realmente a la pregunta, no sé muy bien por qué. Si le parece, volveré sobre esto más adelante.

15. Poco comunicativo. Displicente. Distante.

16. *El león, la bruja y el armario.*

17. Llevamos juntos diecinueve años y trescientos y pico días. Eso significa que muy bien, creo.

Esto es fácil, ¡demasiado fácil! ¿Quién iba a decirme que las confesiones iban a producir semejante subidón de dopamina?

De pronto, se abre de par en par la puerta de la entrada y oigo a Peter que grita:

—¡Me pido primero el baño!

Como no le gusta ir a los lavabos del cole, se aguanta todo el día. Cierro el portátil. Ésta también es mi hora favorita del día, cuando la casa vacía vuelve a llenarse y, en cuestión de una hora, todo mi trabajo de recoger y ordenar se va al garete. Por alguna razón, me gusta que sea así. Es tan inevitable que me llena de satisfacción.

Zoe entra en la cocina y hace una mueca de disgusto.

—¿Cazuela de fideos con atún?

—Estará lista dentro de quince minutos.

—Ya he cenado.

—¿En el entrenamiento de voleibol?

—La madre de Karen ha parado de camino hacia aquí y nos ha comprado burritos.

—Entonces, ¿Peter también ha cenado?



Zoe asiente y abre el frigorífico.

Yo suspiro.

—¿Qué estás buscando? ¿No dices que ya has cenado?

—No lo sé. Nada —dice, y cierra la nevera.

—¡Hala! ¿Qué te has hecho en el pelo? —exclama Peter, cuando entra en la cocina.

—¡Oh, se me había olvidado! Una de mis alumnas estuvo jugando a ser peluquera. Me ha quedado un poco al estilo de Audrey Hepburn, ¿no creéis?

—No —dice Zoe.

—No —conviene Peter.

Me quito la goma del pelo e intento alisarlo.

—Tal vez si te lo peinaras de vez en cuando... —dice Zoe.

—¿Qué os ha dado a todas con el peine? Para tu información, hay ciertos tipos de pelo que no deben peinarse nunca. Hay que dejarlos secar al aire.

—Mmsí —dice Zoe, mientras recoge su mochila—. Tengo una tonelada de deberes. Nos vemos en 2021.

—¿Media hora de Modern Warfare antes de los deberes? —pregunta Peter.

—Diez minutos —respondo.

—Veinte.

—Quince.

Peter me da un abrazo. Aunque tiene doce años, todavía me abraza de vez en cuando. Unos minutos después, el estruendo de las bombas y los cañones emerge de la sala de estar.

Mi teléfono pita. Es un mensaje de texto de William:

⊗ Cena cn clients. A ls 10 n ksa.

Abro el portátil y pulso «Enviar».

**De:** Investigador 101 <investigador101@netherfieldcenter.org>

**Enviado el:** 5 de mayo, 08.05

**Para:** Casada 22 <casada22@netherfieldcenter.org>

**Asunto:** Punto trece

Estimada Casada 22:

Gracias por su primer bloque de respuestas y por haber contestado con tanta celeridad. Tengo una pregunta. ¿En el punto trece quiso decir «los indios» o «los niños»?

Saludos,

Investigador 101

**De:** Casada 22 <casada22@netherfieldcenter.org>

**Enviado el:** 5 de mayo, 10.05

**Para:** Investigador 101 <investigador101@netherfieldcenter.org>

**Asunto:** Punto trece

Estimado Investigador 101:

Tendrá que disculparme. Supongo que la culpa ha sido de mis indios, perdón, de mis niños. O, más probablemente, de la función de autocorrección.

Cordialmente,

Casada 22

P.D.: ¿Significan algo nuestros números o nos los asignan aleatoriamente? Imagino que no seré solamente la vigesimosegunda señora casada que participa en este estudio.

**De:** Investigador 101 <investigador101@netherfieldcenter.org>

**Enviado el:** 6 de mayo, 11.23

**Para:** Casada 22 <casada22@netherfieldcenter.org>

**Asunto:** Punto trece

Estimada Casada 22:

Supone bien. A los dos nos han asignado los números aleatoriamente. En cada ronda de la encuesta asignamos quinientos números y después, al comienzo de la siguiente ronda, empezamos otra vez desde el número uno.

Saludos,

Investigador 101

**De:** Casada 22 <casada22@netherfieldcenter.org>

**Enviado el:** 6 de mayo, 16.32

**Para:** Investigador 101 <investigador101@netherfieldcenter.org>

**Asunto:** Punto dos, pensándolo mejor

Estimado Investigador 101:

«Por aburrimiento» no es la razón por la que participo en este estudio. Participo porque este año cumpliré cuarenta y cinco, la edad que tenía mi madre cuando murió. Si viviera, hablaría con ella en lugar de rellenar esta encuesta. Tendríamos las conversaciones que supon-

go que tendrán las madres con sus hijas de cuarenta y tantos años. Hablaríamos de nuestro impulso sexual (o de su ausencia), de los empecinados cinco kilos que no dejamos de perder y recuperar, y de lo difícil que es encontrar un fontanero de confianza. Intercambiaríamos secretos para que el pollo asado quede perfecto, consejos sobre la manera de cerrar el gas en caso de emergencia y trucos para quitar manchas de las paredes encaladas. Me haría preguntas como: «¿Eres feliz, corazón?», «¿Te trata bien?», «¿Qué te parece la perspectiva de envejecer a su lado?».

Mi madre no será nunca una abuela. No se le pondrán grises las cejas, ni probará nunca mi cazuela de fideos con atún.

Por eso participo en este estudio.

Le ruego que cambie mi respuesta al punto dos.

Un saludo,

Casada 22

**De:** Investigador 101 <investigador101@netherfieldcenter.org>

**Enviado el:** 6 de mayo, 20.31

**Para:** Casada 22 <casada22@netherfieldcenter.org>

**Asunto:** Punto dos, pensándolo mejor

Estimada Casada 22:

Le agradezco su sinceridad. Para su información, es frecuente que nuestros encuestados modifiquen sus respuestas o envíen añadidos y aclaraciones. Siento mucho que haya perdido a su madre.

Atentamente,

Investigador 101

18. Correr, bucear, acampar, hacer pan en el horno, encender hogueras, leer a Stephen King, levantarme para cambiar de canal, pasar horas al teléfono hablando con mi mejor amiga, besar a desconocidos, irme a la cama con desconocidos, flirtear, ponerme un biquini, despertarme por la mañana sintiéndome feliz sin ninguna razón concreta (probablemente por tener el estómago plano sin importar lo que hubiera comido la noche anterior), beber tequila, tararear *Silly Love Songs*, de Paul McCartney, tumbarme en la hierba y soñar con el futuro, con una vida perfecta y con el matrimonio al lado del amor verdadero y perfecto.

19. Preparar almuerzos y demostrar a la familia que siempre es posible elegir comida sana; avisar a los niños cuando huelen mal, advertirles del peligro de los desconocidos y quitarles las migas de pan de las comisuras de la boca. Preparar al hijo preadolescente para el estallido hormonal. Preparar al marido para mi perimenopausia y explicarle lo que supondrá para él (síndrome premenstrual los treinta días del mes, en lugar de los dos días a los que ya está acostumbrado). Comprar plantas perennes. Matar plantas perennes. Enviar SMS, usar el Messenger, chatear, subir cosas a internet. Discernir cuál es la cola que avanza más rápido en el supermercado, no hacer caso de los mensajes, borrarlos, perder las llaves, entender mal lo que dice la gente (oír «aeropuerto» y entender «perro muerto», o «queso gouda» y entender «que se joda»), preocuparme por la sordera precoz, la demencia precoz, el alzhéimer precoz o por no estar satisfecha con el sexo, la vida y el matrimonio y quizá tener que hacer algo al respecto.

20. Cajera del Burger King, auxiliar en una residencia de personas mayores, camarera en el bar Fridays, camarera en el bar Hilary's, meritosa en el teatro Charles Playhouse, redactora publicitaria en la agencia Peavey Patterson, escritora de obras de teatro, esposa, madre y, actualmente, profesora de teatro de la Escuela Primaria Kentwood, desde parvulario hasta quinto curso.